


La ciudad como espejo de la condición humana



José S. Revueltas Valle

*CyAD/Universidad Autónoma Metropolitana-
Azcapotzalco*



¿Cuánta dosis de sufrimiento es necesaria para poder escribir una buena cuartilla, una página memorable? ¿Cuántas cosas se tuvieron que recomponer y con cuántas mentiras por contar para dar al siglo XX una imagen inicial de estabilidad, de bonanza, de esperanza, de cristalización del espíritu liberal que lo vio nacer en el siglo XVIII? ¿En cuánto tiempo se inventaron los discursos constitutivos, quiénes los creyeron, a qué costo y bajo qué disfraz? ¿Con cuántas ilusiones y con cuántos fracasos, con cuántas frustraciones, con cuántas lágrimas fingidas, con cuántas pérdidas de significado? ¿Con qué dosis de dolor? Cosa curiosa, el siglo XX fue pródigo en estas cosas y también lo fue en dejar testimonios varios sobre esta peculiaridad. Prácticamente no hay país, no hay historia personal, incluidos casos extremos de vidas de artistas del cine, que no haya pasado por el desencanto del primer gran siglo —fundamental— en donde como especie vivimos mayoritariamente en las ciudades y convivimos estrechamente ligados a la tecnología.

La primera pregunta, la pregunta del sufrimiento y la esperanza, corresponde al ser nuestro de todos los días, al constructor de milagros, al enamorado derrotado, o al que sufrió su mundo como lo más cercano a la peor de las visiones del infierno, Joyce aparte. Las descripciones y sentires, plasmados magistralmente en algunos de los pensadores más centrales del siglo XX, la vigencia de su pensamiento, y lo universal del mismo, hace sentir que el eco encontrado fue contundente y definitivo, e involucró a muchos de los siete u ocho mil millones de habitantes en la tierra aquí y ahora. Las otras, las de los hechos, los discursos, las ideologías, obedecen a las ocupaciones de historiadores y sociólogos, a los encargados de hacer abstracciones e hipótesis que cristalizarán aquí y allá en libros e ideas señaladas sobre la condición humana, su

Reseña del libro: Singer, Issac Bashevis (2004). *El certificado*. Barcelona, Ediciones BSA. (Traducción de Teresa Snajer).

política y su destino: enormes categorías, grandes explicaciones muchas veces sin la esencia de las vivencias mismas. Pero por lo que toca a la vida y la consideración sobre su más amplia gama de posibilidades, ésta debiese ser abordada en lo inmediato y una vez más por equipos dentro de la ya tan citada “interdisciplinariedad”, y de nuevo replantear las bases de la sociedad toda en la que ahora vivimos, considerando un planteamiento elemental pero no por ello de menor importancia: ¿por qué no somos felices, por qué no hemos realizado lo mejor de nuestra condición como especie? ¿Dónde perdimos el camino? ¿Es posible encontrar una vía alterna? ¿Podemos construir como humanidad toda una nueva alternativa que, como en las preocupaciones más centrales de los revolucionarios franceses del siglo XVIII, nos asegure un mínimo de bienestar en el marco de libertad, igualdad y fraternidad necesaria entre los seres humanos? ¿Qué puede decir sobre ello filósofos y psicólogos, políticos e ideólogos, escritores y biólogos? ¿Qué pueden decir sobre el particular los diseñadores?

De estas interrogantes deviene otra serie que, si bien puede ser aplicada a distintos campos de estudio y marcos teóricos, son producto directo de las disciplinas que conforman al diseño, y quizá con ellas podamos enfrentar una serie de preocupaciones que en otra parte y con distinta metodología probablemente no podrían aparecer. Es un campo que se está abriendo paso y reclama con justicia su lugar dentro del mundo de las ciencias del espíritu. Es conveniente, por tanto, intentar ubicarlas precisamente en este punto y acotar sus quehaceres a la historia, la sociología, la ingeniería, entre otras cosas en lo inmediato. El diseño y su mundo, los hombres en el mundo, el diseño, el hombre, sus sensaciones y su mundo.

El diseño, los objetos y las cosas personales de los seres que vivieron en la era industrial deben ser

sujetos de consideraciones mayores, y las fuentes que nos ofrecen datos al respecto abarcan, entre otras muchas, también a la literatura. El caso que a continuación tratamos tiene que ver con esta fuente y apunta a las interrelaciones existentes entre el diseño en lo inmediato con la recreación imaginaria de la sociedad en que se vive. Pero también trata sobre la inadecuación, aun, del ser humano hacia los satisfactores masivos en las sociedades urbanas. Hay que entender que éste es un fenómeno sumamente reciente para el hombre como tal.

Los nuevos símbolos, las definiciones de aspiraciones tanto personales como sociales, vamos, la condición misma del ser, pasó en lo fundamental por la nueva generación de objetos, por las ciudades, por las grandes novedades que la industria ofreció: ferrocarriles, barcos, telas, arquitectura, máquinas, luz eléctrica, conservas, teléfono, cine, radio. La magia industrial alcanzó a la cotidianidad, a la definición nueva del mundo, a la integración nueva de la sociedad en un sólido producto, pero también, hay que insistir, esto es una condición muy reciente en la historia humana.

Del libro que ahora tratamos, este pequeño trasfondo es marco obligado para el desarrollo de un caso concreto y por demás deslumbrante, casi imprescindible y con muchas semejanzas: Varsovia en la década de los veinte del siglo pasado. Es el caso y es el ejemplo, pero que también puede incluir con toda holgura a Nueva York en los testimonios de John Dos Passos y Scott Fitzgerald, el sur de los Estados Unidos en la interpretación de William Faulkner, Lima en las letras de Mario Vargas Llosa, o la ciudad de México en las crónicas brillantes de Ricardo Garibay o Carlos Fuentes. Es la ciudad, el diseño, la literatura, la historia, es la humanidad que deja testimonio a través de algunos de sus mejores representantes de esto que significó e implicó la

vivencia de la ciudad por primera vez en forma masiva para la humanidad toda. Es, decimos, poder plantear una serie de interrogantes sobre el destino humano y sus productos, sus necesidades y aspiraciones, a través de una serie de cruces que nos permitan vislumbrar, de nuevo y con fuerza, preguntas que antes no podían ser planteadas. Evaluar las posibilidades de nuestro futuro presupone saldar una serie de cuentas con nuestro pasado inmediato, quien nos exige una alta dosis de crítica y de serenidad.

Reflejo de las vivencias de quien fue Premio Nobel en 1978, inmerso dentro de su condición judía, testigo directo de los sentires y pensares de personajes que en su papel “revolucionario” contribuyeron a la creación de dos de las grandes utopías que conoció el siglo: la Revolución Socialista en la Unión Soviética y el Estado de Israel; testigo también de la caída de personajes de la nobleza como barones y príncipes, Singer nos muestra que la idea de su tiempo, como la de buena parte del siglo, tiene un nombre, y es terrible, y coincidente en muchas partes, y es el de la desesperanza.

En otras épocas aparece parcialmente la idea, pero nunca con tanta claridad y contundencia ni en forma tan generalizada como en Kafka, en Singer, Papini, Böll, Grass, o en Kadaré, los más inmediatos. En *El certificado*, una chica habla en voz de Singer y casi de la humanidad en su conjunto: “Ella me miró pasmada. Con una sonrisa triste repuso: sí, mi vida entera ha sido una sucesión de tonterías”.¹

Grandes escritores del siglo XX, grandes interpretes del sentir humano en el siglo sin Dios, en el siglo de las grandes ciudades, fueron capaces de sintetizar en una frase el fluido total de una época que lamentablemente vivimos y que en consecuencia no nos es desconocida, en especial en cuanto a sensa-

ciones: la ausencia del mañana. Somos hijos de ese siglo, y en estos años no lo hemos hecho mejor para el XXI y, probablemente, como van las cosas, la fatalidad incluirá también al siglo XXII. Y si hubiesen sido sólo ellos los escritores que señalaron y señalan el problema, no pasaría de lo anecdótico, o lo curioso —y si fuera este el siglo XXXV ¡qué mejor!—, mas el problema es que de los seis escritores citados podemos encontrar muchos, pero muchos más que atinan a señalar con distintas tonalidades, pero en la misma dirección, el devenir de esta maldita situación: “Aunque la literatura ha estudiado el carácter, casi siempre ha ignorado la falta de carácter del hombre moderno”.² Terrible cosa: la ciudad y sus objetos no nos hicieron mayoritariamente mejores personas, ni más felices, ni más creativos, ni la humanidad alcanzó los niveles previstos dos siglos atrás. ¿Tragedia del romanticismo? Por supuesto, ¿tragedia del hombre que se convierte únicamente en sujeto económico?, también. ¿A dónde fuimos a parar? y ¿tenemos aún alternativa? es quizá, en la presente disyuntiva, la peor herencia que podemos dejar a generaciones futuras.

Varsovia, inmigrantes hacia las grandes ciudades por condiciones distintas a las casi, por otras razones, “saludables” de Inglaterra. A diferencia de ésta, para Polonia es el legado inmediato de la Primera Guerra Mundial, el desastre de las condiciones de vida en el campo, la creación de una paz fugaz y endeble, herencia de por sí pesada a la que se sumó la presencia de judíos insulsamente incriminados —como muchos siglos ha— de las peores, falsas y necias acusaciones; vamos en los límites

1. Singer, Isaac Bashevis, *El certificado*, traducción de Teresa Snajner, Barcelona, Ediciones B, SA, 2004, p. 180.

2. *Ibidem.*, p. 179.

del absurdo, hasta cuando defendían algo o a alguien eran inculcados por enarbolar precisamente esta defensa, cosa por demás absurda y vil: luego por qué Cristo fue judío.

Singer es una víctima y un testigo inteligente de los que sufren, porque el también sufre junto a su pueblo, y en su relato aparecen los testimonios de quienes son sus iguales, de los que ya no pueden pelear, de quienes ya no quieren pelear, de quienes cargan la vida como si fuera una maldición, sin esperanza, sin dinero, sin posibilidad de alguna victoria o algún reconocimiento. Varsovia, los tranvías, la luz eléctrica, los trenes, el frío, el hambre, y la vida casi como castigo, ilusionada en lo mínimo por la búsqueda del amor como gran meta, ya sin príncipes ni princesas, por supuesto, únicamente como otro elemento más de la lucha diaria que funciona como escape, o como parte de las vías mismas de supervivencia.

Las ciudades en el siglo XX crearon una ilusión que casi supera a la de los magos medievales. Las hicieron sólidamente atractivas, para el mundo todo, y el mundo todo cayó en el engaño; las construyeron sin alternativa, y el mundo las tuvo que aceptar, no por otra cosa, sino porque prácticamente no hubo la más mínima opción posible: no hubo profesión, por humilde que fuera, que no tuviese cabida dentro de la ilusión urbana: un tejedor, almacenistas, cocineros, lavaplatos, zapateros, rabinos, secretarías, maestros, escritores, mecánicos y la diferencia más marcada se dio entre las grandes ciudades difusoras de cultura (el primer mundo), y las receptoras despiadadas de la misma (los mundos que quedaron); cuenta Singer a través de los

ojos de su personaje, David Bendinger, un chico de dieciocho años que trata de labrar la ilusión de crear la belleza por medio de las palabras, que es la de hacerse escritor: “No, no era mi propósito abandonar la ciudad. Bastante tiempo había perdido ya en las provincias. Todo lo que necesitaba estaba allí, al alcance de mi mano: bibliotecas, diarios, casas editoriales, conferencias y hasta un Club de Escritores. Nadie se metía en la vida de los demás. Al fin y al cabo, yo había crecido en Varsovia, entre los droshkis, los puestos de periódicos, los teatros, los cines, las carteleras de espectáculos”.³

El tipo quiere ser escritor y bien y venga, pero el mundo que narra lejos está de un cuento de hadas y, por supuesto, de tener cabida para un escritor más. En lo utilitario de nuestra sociedad, puede tener más aceptación un corredor de bolsa, por ejemplo, que un tipo dedicado a las humanidades. No sin razón aparecen en Singer cuestionamientos dolorosos, la invocación de Spinoza, el sufrimiento de los miembros de su pueblo, el pueblo elegido de Dios. Sea otro ejemplo, en cruce de miradas con un hombre pobre, el personaje principal arremete: “El hombre y yo nos miramos. Sus ojos parecían preguntar: ¿Por qué te has detenido aquí? ¿Qué esperas encontrar en mi pobreza?”.⁴

Las andanzas del joven escritor lo llevan pronto a relacionarse con las distintas esferas de la sociedad judía que habita en Varsovia. Ya un posible viaje a Palestina, ya un matrimonio ficticio, ya los relatos de quienes dejaron su vida en el nombre de la “sagrada patria socialista”, ya los atropellos y la lucha por la vida diaria. Los matices cambian por supuesto, pero están presentes en todas nuestras ciudades, y con ellos levantamos la historia del siglo XX y las constantes referencias a la desolación; Minna, una muchacha de veinte años se cuestiona: “¿Y qué será de mí? Me despierto en mitad de la noche

y no logro volver a dormirme. Pienso en mi vida, en lo triste que es todo”.⁵ Sobre la que agrega y es categórico en un personaje que es más real de lo que uno cree: “¿Es eso amor? —me pregunté. Y respondí—: No, es soledad”.⁶

Un poco al azar, trato de buscar una alternativa un poco más optimista y menos cruda y real y tomo *A paso de cangrejo*, novela central de Günter Grass, también Premio Nobel de Literatura y en un juicio categórico afirma: “Ahí está otra vez, la fecha maldita. La historia, mejor dicho, la historia removida por nosotros es como un retrete atascado. No hacemos más que tirar de la cadena, pero la mierda sube siempre”.⁷ ¿Coincidencia o señalamiento de un fenómeno ya un poco más arraigado en la sociedad? Si pudiésemos extender una preocupación en los habitantes de la ciudad nuestra y nos dejaran una novela como forma de evasión de impuestos, por ejemplo, ¿podrían llegar a conclusiones diferentes? Probablemente no.

David Bendinger es un personaje típicamente urbano. Sus preocupaciones no tienen ya que ver con el pasado inmediato, pero de ello resulta curioso, como en muchos otros que buscan dentro de sus propias raíces una respuesta ante lo despiadado de la realidad. Sí, destacan las primeras ediciones de un médico vienés, Sigmund Freud vistas en librerías, sí invoca en vano a Spinoza y la conclusión categórica de que Dios tiene sus reglas y los hombres otras, sí concluye que es un alma perdida.⁸ Dice uno un poco ¡basta ya!, pero la referencia a la otra cara de la Revolución Soviética se aparece de pronto en la descripción de un joven

que creyó que el mundo estaba preparado para las mejores revoluciones del espíritu; dice Bendinger: “Por mi cabeza cruzó la imagen de Hertz Lipmann en la celda de una prisión rusa inmovilizado por el hambre y el miedo, agotado por la falta de sueño, tan destruido por el dolor que para él no había ya consuelo posible”.⁹ Stalin y los suyos, pero también dice uno que no le pueden ser ajenas las cosas humanas.

Gente sin aliento, gente sin esperanza, gente sin consuelo. Singer es un gran romántico y gracias a esa cualidad a la que se agrega, por supuesto, la de su condición judía, logra hacer un retrato duro pero real de un pedazo de la historia de las ciudades de nuestro siglo XX. Muy probablemente, si el mundo hubiese seguido por otros caminos, estas historias no pasarían de ser mera cosa de la fantasía, pero no fue así. *El certificado*, es un libro de lectura obligatoria, un libro que no se puede pasar por alto, para tratar de entender algo de nuestra condición humana en el siglo que, por tiempo nada más, hemos dejado atrás. Ahora, si ha tenido la paciencia de seguirme, tiene una obligación: léalo por favor y usted será mejor.

3. *Ibidem.*, p. 13.

4. *Ibidem.*, p. 24.

5. *Ibidem.*, p. 69.

6. *Ibidem.*, p. 70.

7. Grass, Günter, *A paso de cangrejo*, traducción de Miguel Sáenz con la

colaboración de Grita Loeb sack, Madrid, A faguara, 2002.

8. Singer, *op. cit.* p. 93.

9. *Ibidem.*, p. 136.